

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
Para quedarse helado

Autor/es:  
Nuño, Ana

Citar como:  
Nuño, A. (1998). Para quedarse helado. La madriguera. (5):69-69.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41639>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



## Para quedarse helado

### La tormenta de hielo

Ang Lee

*The Ice Storm, Taiwán/USA, 1997*

El género de la comedia y el ejercicio de adaptación de obras literarias han acompañado al cine desde su nacimiento, y desde entonces ambos han sido el soporte del cine más popular y taquillero. Está claro ya, por otra parte, que la década de los noventa quedará, entre otras cosas, como la del resurgir de ambas modalidades. Los ejemplos son legión, y no viene al caso aquí desplegar un largo y tedioso catálogo de títulos. Pero algo hay que sorprende en este fenómeno: el cruce, la hibridación entre el cine comercial y el cine de autor. O, mejor dicho, la entronización, por parte de la crítica, de un tipo de cine que no brilla por la audacia o la innovación en punto a escritura fílmica o creación de universos narrativos por la única razón de que dicho cine es obra de autores independientes, supuestamente no comerciales. Así, por poner sólo un ejemplo, hay que aplaudir cuanta adaptación de Shakes-

peare se le ocurra perpetrar a Kenneth Branagh porque se supone que este actor es también autor y director, es decir, alguien capaz de desarrollar una visión personal y un estilo propio. Vamos, como Bergman, Rossellini y Buñuel o, más cerca de nosotros, Oliveira, Kiarostami y Angelopoulos.

El malentendido es, cómo no, municipal y espeso. Si agregamos además la moda exótica del momento —y la de este momento dice que todo cineasta nacido en Hong Kong o en Taiwán ha de ser forzosamente un genio—, ahí tenemos a Ang Lee, impecable profesional del cine más bieneducado y peliblando del mundo: el cine comercial de autor de EE. UU. Como este chino es listo, desde su primera película (*Pushing Hands*, 1992) se ha subido al raudo tren de dos vagones —el de la comedia (*El banquete de bodas*, 1993; *Eat Drink Man Woman*, 1994) y el de las adaptaciones de clásicos (*Sense and Sensibility*, 1995)—, y se pasea con holgura por ambos. Ha cosechado dos Osos de Oro (*El banquete de bodas*, *Sense and Sensibility*) y un Oscar (al Mejor Guión por *Sense*

*and Sensibility*), y su última entrega, *La tormenta de hielo*, le valió el Premio al Mejor Guión en el pasado Festival de Cannes. Actualmente amenaza con una recreación de los escenarios de la Guerra de Secesión que lleva el provisional título de *The Bushwhackers*, los Montoneros.

¿Qué decir de *The Ice Storm*? Es, claro está, una adaptación, y aunque la novela en la que se basa no está, por decirlo con un eufemismo, a la altura de la de Jane Austen, el autor de la misma, Rick Moody, es el culpable en EE.UU. de una de esas fiebres eruptivas a las que el mundillo editorial es tan sensible y los críticos tan adictos. Éstos, ya en pleno delirio, lo han comparado nada menos que con Cheever y Updike.

Lo narrado en *La tormenta de hielo* es *déjà vu*, y además fue visto con una mirada más inteligente y penetrante que la de Lee: la de Milos Forman, en *Taking Off* (1970). La crónica de las familias de clase media americanas en aquellos años de Watergate, liberación sexual y enfrentamiento generacional se convierte, en manos de Lee, en un relato convencional, desprovisto de ironía o, sencillamente, inteligencia. La aventura adulterina entre Ben Hood (Kevin Kline) y Janey Carver (Sigourney Weaver) nos valen escenas de pavoroso tedio, y las cogitaciones existenciales de los esposos abandonados, Elena Hood (Joan Allen, la única presencia actuarial entre marionetas de cartón) y Jim Carver (Jamey Sheridan), son dignas de publicarse en el *Reader's Digest*. En cuanto al rostro de Paul (Tobey Maguire), es quizá el único destello de inteligencia que Lee ha dejado en la cinta, si lo que pretendía era que el espectador se identificara con el narrador. Porque al encenderse las luces, la expresión en los rostros de los espectadores no puede ser otra que la de ese inverosímil personaje de dieciséis años que cuenta esta prescindible historia: una expresión de estulticia.

Ana Nuño

